

## Entrevista a Nora Strejilevich: siguiendo la pista de un exilio perpetuo

*Mariela Avila*

Universidad Católica Silva Henríquez

Antes que nada, queremos agradecerte la oportunidad de entablar este diálogo y de acompañarnos en este camino de reflexión y comprensión del problema del exilio.

**Mariela Avila [MA]:** Tal como narrás en tu libro publicado en 2019, *Un día, allá por el fin del mundo*, tu salida de la Argentina, luego de estar secuestrada en el Club Atlético, fue hacia Israel. En ese primer momento hablás de sentirte en el limbo, y lo graficás con la figura del estallido de tus cimientos. Esa sensación parece repetirse en varios relatos de exiliadas y exiliados y casi siempre desde una perspectiva intelectual. Y si bien en tu caso eso está presente, también se encuentra una relación muy profunda con lo sensorial, a un nivel casi epidérmico. En ese sentido, y a partir de la categoría del desarraigo/desgarro del exilio ¿qué vínculo se podría trazar entre las primeras experiencias de la expulsión y ese primer sentir desde el cuerpo que aún no ha sido racionalizado?

**Nora Strejilevich [NS]:** Guardo una foto, que sacó mi padre, de mi partida del aeropuerto de Ezeiza. Estoy subiendo las escaleras del avión con un abrigo en la mano. Voy a Israel, donde en julio hace calor, y ese brazo que carga el típico sobre todo del invierno argentino, el gamulán, me parece una revelación gestual de la experiencia de la expulsión. Lo que esa joven vivió y fue hasta ese momento lo lleva consigo pero ya no puesto: lo sostiene y la sostiene en el umbral de la separación, no como anticipo del desarraigo/desgarro sino como un paso más en ese proceso de desgarrar/desarraigo que abriera el centro clandestino con la mutilación del cuerpo y la existencia. Ella no quiere dejar atrás nada pero tiene que hacerlo y *eso* que la acompaña es la última hilacha a la que se aferra mientras se dirige, sin mirar atrás y ensimismada, a su asiento, al lugar que le tiene destinado ese vuelo a lo Otro de su mundo. La descripción de esa partida en *Una sola muerte numerosa* dice: “Desde la ventanilla del avión Argentina es un perímetro, un punto entre las nubes, un territorio que imagino”. El primer sentir de esa que fui —que imagino porque me cuesta o me duele recordarlo— es ese impulso de cobijarse de la intemperie con eso que ya no le sirve más que como amuleto. Y una vez sentada junto a la ventanilla ve cómo se esfuma su vida tal como la vivió a lo largo de 25 años, cómo se vuelven —ella y su pasado, su universo, su lengua— un perímetro, un punto entre las nubes. Ese es el primer sentir de la expulsión en mi experiencia, el resto es una infinita variación de lo mismo.

El exilio es un estado de ser donde, al decir de Tomás Eloy Martínez, el sujeto muta. Una vez que salta al vacío su vida se trastoca y, sumado a la experiencia concentracionaria, genera un perpetuo no estar. Partir es parto con fórceps, es decir, al mismo tiempo traumático y salvador. Quien padece la expulsión refuerza el vínculo con el lado menos oscuro del lugar de origen (la nostalgia por la lengua, la cultura, la familia, los amigos). De modo que los exiliados padecemos —parafraseando a Tomás Eloy Martínez, la incomodidad del perpetuo volver y marcharse que nos desordena las vidas. Por eso dice: “El tiempo del exiliado se va en juntar los pedazos dispersos de su ser. (El suyo) es un mundo irreal que se parece a la ficción por más de un motivo: porque nace, como las ficciones, del descontento con la realidad y de la necesidad por construir «una otra parte» donde todo lo perdido podrá tener cabida” (*Réquiem por un país perdido*, 2003: 82). Esto es, justamente, lo que le pasa a Nora, la protagonista de *Un día, allá por el fin del mundo*. Como su mundo se parece a la ficción intenta construir esa *otra parte* en la escritura donde lo perdido pueda tener cabida. No solo ella dejó atrás un país (y viceversa) sino que, tras haber estado confinada a un lugar inhabitable, muta. Para medir su transformación escribe un diario, que la acompaña en sus desopilantes itinerarios, semejantes a los saltarines fragmentos de un caleidoscopio. La geografía de su exilio es tan arbitraria como el motivo de su destierro, y con esta mirada —la de su presente flotante, frágil, a la intemperie— va recorriendo ciudades y países donde no parece buscar otra cosa que un perpetuo seguir, sin ton ni son. Y sin embargo, lo que nota y anota, en este movimiento browniano, es que, donde sea que arribe, vuelve a dar con su historia. La historia de la que trata, infructuosamente y como dijiste, de escapar. Con esto se revela no solo que no puede huir sino también que no quiere hacerlo, porque vuelve a su país y declara en los juicios de lesa humanidad. Se da cuenta de que mirar de frente, asumir su historia, es la fórmula que le resulta válida.

**MA:** Tu periplo no finaliza en Israel, por el contrario, este es el lugar inicial de un largo viaje que atraviesa países e incluso continentes. Durante todos esos movimientos debés haber convivido con exiliados y exiliadas de otros países de la región, que vivían de diferentes modos sus procesos políticos y subjetivos. En ese marco, ¿había un reconocimiento entre las y los exiliados? ¿Se narraban sus historias?, y finalmente ¿te tocó encontrar a aquellos expulsados a los que Juan Gelman llamaba “profesionales del exilio”?

**NS:** Sí, en efecto, viví con exiliadas y exiliados sobre todo en Israel, donde frecuenté a algunos argentinos y en Canadá, donde conocí una colonia de chilenos. Más bien conversábamos sobre cómo afrontar la situación en la que estábamos arrojados y varios me contaron cómo fue que llegaron donde llegaron. No mucho más. Los chilenos de Canadá, que llevaban más tiempo lejos del país natal, participaban muy activamente en un centro comunitario donde se organizaban actividades culturales y políticas (La Quena). Aunque se abocaban a la denuncia de lo que pasaba en América Latina pocos compartían sus historias, excepto algún amigo íntimo que relataba, sobre todo, su experiencia rebelde previa a la catástrofe. No conocí a “profesionales del exilio”. Sí conocí a quien intentó un retorno, fracasó, y volvió al país de adopción no por ganas sino por instinto de sobrevivencia.

**MA:** *¡Quiero mi nombre! / Mi nombre curvo palpitante! / ¡Qué me lo traigan!*

Este es el fragmento de un poema que aparece en *Una sola muerte numerosa*, libro en el que en varios pasajes hablás del robo de tu nombre, de tu mirada, de la presencia de los otros. ¿En qué momento sentiste, si es que lo hiciste, que recuperabas tu nombre? Esto en

un plano subjetivo, pero también político de ciudadanía, de respaldo y de tener el derecho a tener derechos nuevamente, como diría Hannah Arendt.

**NS:** Eso siento que lo recuperaré en cuanto me fui de la Argentina. En Israel denuncié en el parlamento (Knesset) lo que pasaba en mi país y cuando llegué a Europa me acerqué a las organizaciones que pude, siempre sintiendo que mi nombre y apellido correspondían a los de una ciudadana desplazada que reclamaba por derechos que pertenecen a la humanidad. Como mencionás el argumento de Arendt voy a hacerme eco de tus palabras con una cita de *El arte de no olvidar* donde me refero a lo mismo:

Un ser humano puede sufrir el exilio más radical cuando el Estado de excepción lo coloca en un limbo que autoriza su aislamiento y posterior exterminio. En este limbo llamado campo el ser humano es abandonado, se le quita el nombre y se lo cataloga con un número, es decir, se le roba la marca identitaria que la sociedad le otorgara desde el nacimiento a partir de su inscripción como ciudadano ¿Cómo es que una persona pierde su condición de ser humano al perder su ser civil? ¿Acaso no hablamos desde la Revolución Francesa de los derechos del hombre y el ciudadano? Ya Hannah Arendt se había preguntado si los derechos del hombre se le aplican a quien fuera excluido de la ciudadanía, y respondió que nuestro mundo occidental surge con los estados-naciones, en los cuales solo quien tiene residencia nacional tiene derechos. La pérdida de la residencia (la desaparición implica, entre otras, esta pérdida) y la imposibilidad de lograrla (lo cual afecta también a los aspirantes a refugiados de hoy) presupone una disolución del marco social característica del nuevo barbarismo nacido del corazón del sistema de la nación-estado (2006: 24).

**MA:** En una entrevista que te hace Marianella Collette decís que el desarraigo es la matriz de tu escritura, y en esa línea, y quizá forzando la expresión, ¿creés que el desarraigo puede convertirse en la matriz de la existencia?

**NS:** Creo que el desarraigo puede convertirse en la matriz de la existencia y ese es mi caso, aunque en la vida nada es tan contundente: en cada desarraigo hay una pisca de arraigo y viceversa. La literatura es el arte capaz de poner en evidencia estos matices, estas aparentes contradicciones propias de nuestro estar-en-el-mundo. Desde que me fui de la Argentina la clave de mi errancia es el desarraigo, pero a la vez fui capaz de mini arraigos en distintos lugares donde me asenté por un tiempo e hice amigos entrañables: en Vancouver (Canadá), en San Diego (California), en Santiago (Chile) entre otros puntos del planeta. El desarraigo es una zona ambigua, porosa, pero una vez que se “bebe su cáliz” es difícil retroceder. Antes hablé de la partida de Buenos Aires como el primer desarraigo, pero me viene a la mente el día en que llegué desde el centro clandestino a mi habitación en el departamento familiar. Todo parecía tan normal y sin embargo tan distante, tan remoto aunque no hubieran movido ni un mueble. Lo que no encajaba era que todo siguiera “igual” después de *eso*. Esa extrañeza, la de alguien que vuelve del horror para encontrar todo “en su lugar” es la madre de todo exilio posterior. Lo previo se esfuma, pierde realidad, quedan apenas rastros del vínculo anterior entre una y su entorno. Persisten huellas o

ruinas de ese pasado, como el dibujo hecho por la propia mano en la puerta de un ropero o una fotografía.

**MA:** Una de tus primeras publicaciones lleva por título *El arte de no olvidar* y una versión ampliada de varios temas que ahí tratabas ha sido recientemente publicada con el título de *El lugar del testigo*. El vínculo entre estos dos títulos es innegable, pues parafraseando a Primo Levi, quien testifica lo hace para evitar el olvido. En tu libro *Un día, allá por el fin del mundo* narrás cómo, en uno de tus viajes, ideás el “Plan Memoria Cero, que implica el abandono al dulce olvido”. Por diversas situaciones ajenas a tu voluntad te resulta imposible alcanzar ese plan, entonces, ¿podrían pensarse ese plan y su fracaso como el reflejo de la imposibilidad de abandonar la memoria? Y, más aún, ¿se podría incluso decir que el testigo está “condenado” a una suerte de olvido imposible?

**NS:** Yo soy muy olvidadiza, pierdo objetos, me vuelven a contar anécdotas que no recuerdo. Lo que no se olvida es el abuso, la tortura, el despojo, el exterminio. Eso es lo inolvidable, lo que no tendría que haber acontecido pero sucedió y sigue sucediendo. Juan Gelman sentenció: “no te olvides de olvidar el olvido” refiriéndose al olvido radical, al impuesto por una política de borramiento, por la exclusión y destrucción de un sector de la sociedad y de su proyecto para que no quede de ello rastro alguno. *Esto* es lo que debe ser inolvidable, porque olvidarlo es llamar a la repetición. En ese sentido, podría decirse que lxs testigxs estamos condenadxs a un olvido imposible. Pero la palabra condena se asocia a lo judicial, a lo censurable, y en cambio se trata de aprender a convivir con esa herida, lo que no implica perdonar u olvidar sino apropiarla, masticarla, asimilarla. Eso es lo que hace —por ejemplo— cierta literatura testimonial que, con su versatilidad, es capaz de poner en evidencia el parentesco entre terror de Estado y patriarcado, entre nuestros exiliados políticos y los refugiados actuales, entre la violación sistemática en los centros clandestinos y la que padecen tantas mujeres en la actualidad. Es una forma de crear sentido desde y para el presente. La palabra está ligada a los colectivos que, como indica Alejandro Kaufman, asumen una forma de insistencia performática frente a un poder que dice: “no estás aquí, no existís”.

**MA:** La filósofa exiliada de la ex Yugoslavia Rada Ivekovic, en uno de sus trabajos sobre el exilio muestra la posibilidad de pensar este castigo político como una ganancia, sin desconocer la violencia y la pena que implica. A esto podemos sumar las palabras de la filósofa chilena también exiliada Cristina Hurtado, quien dice que para muchas latinoamericanas el retorno significó un retroceso, pues en los países de acogida habían alcanzado una sensibilidad mayor sobre sus derechos como mujeres. En principio ¿estás de acuerdo con la consideración del exilio como una posibilidad y una apertura?, y finalmente, ¿esto otorga una tonalidad particular en el caso de las mujeres exiliadas?

**NS:** El exilio es ambas cosas: dolor y desgarramiento, posibilidad y apertura. Lo cierto es que, una vez que empieza, a menudo no tiene fin. En muchos casos no hay regreso aunque se vuelva al país de origen porque, evidentemente, en el camino se integraron otros modos de vida y vínculos, se perdieron lazos locales o no se construyeron nuevos. Este proceso complejo, a mi juicio, no se resume en términos de pérdida o ganancia: la vida se transforma para siempre porque incluso si se retorna, en el propio lugar se es, en muchos sentidos, nuevamente extranjero. La escarapela que te da el exilio es la extranjería. Sin embargo y como siempre en asuntos existenciales hay matices, no estamos hablando

de verdades apodícticas: dentro de la amplia y variada comunidad de exiliados hay quien volvió en cuanto pudo y logró, con el tiempo, reinsertarse y hay quien ya no quiere ni pensar en su país natal y habla, incluso, la propia lengua con acento extranjero. En esos ejemplos el exilio parece tener fin o cierre. Me interesa sobre todo el/la exiliada que asume su marca de fábrica y vive el exilio como condición. En tanto fenómeno colectivo es algo que sigue marcando la historia trágicamente porque habitamos un mundo cada vez menos hospitalario, y la hospitalidad es un factor indispensable para quien asume o parece esta condición. En mi caso fui bien recibida, se me otorgó refugio político en Canadá, pero viví en culturas muy distintas a la mía. El individualismo de esas sociedades nórdicas me resultaba ajeno, aunque la situación de la mujer fuera mejor y la vida cotidiana más fácil. Finalmente di con un grupo de extranjeros con quienes me sentí en casa. Recuerdo una vecina estadounidense, en San Diego, con la que tenía cierta intimidad y a quien veces le comentaba mis sinsabores. Su respuesta era: "*I'm glad it's not my problema*" y lo decía sin ningún atisbo de incomodidad. Es cierto, mis asuntos no eran su problema: no tenían que ver con lo que contaba para ellxs. Mis pies y mi cuerpo estaban ahí pero mi cuento no contaba. Eso no pasaba en otros países de América Latina, como México, donde el exilio fue muy bien acogido y donde la afinidad cultural era mayor. Las vivencias son múltiples pero es esencial, como digo en *El lugar del testigo*, que el testigo cuente (en el sentido de contar la historia y contar para alguien). Sea como sea, agradezco que me hayan tocado sitios así porque la distancia emotiva y lingüística me empujó a escribir.

El balance entre lo que te destruye y lo que te alimenta es muy frágil y en el exilio el efecto se potencia. Como siempre me atrajo viajar resolví mi ecuación desplazándome. No pienso que sea mejor o peor que otras, es apenas la forma en que se tejió mi vida. Si no hubiera vivido en tránsito, si mi exilio no hubiera sido trahumante, no me hubiera abocado a contar y a reflexionar en cuadernos, y esa idea me sirve de consuelo. Quizá por no haberme arraigado en otra cultura, recientemente "volví" a mi país y percibo que la familiaridad está contaminada de perplejidad. Conclusión: la identificación rotunda con un lugar de pertenencia me es ajena, aunque la Argentina sea lo más cercano a mí. El desarraigo es eso, un desapego indeleble.

En cuanto al lugar de la mujer, es cierto que en ciertas sociedades, a raíz de luchas feministas que antecedieron a las nuestras, gozamos de atmósferas más benignas; pero mientras que en esos países casi se dejaron estar en ese sentido, la ola resurge con toda su potencia en nuestra región. Tampoco hay que idealizar los logros del "Primer Mundo": aun en un lugar donde los derechos laborales de varones y mujeres se habían emparejado "en teoría", como en la universidad, persistían las diferencias. A lo largo de mi vida académica en los Estados Unidos noté que el sueldo de los profesores era habitualmente mayor que el de las profesoras (no hay uno idéntico para todxs). En todo caso, es cierto que el exilio les facilitó la independencia a algunas mujeres, pero en mi caso ya la había conquistado y el "afuera" no me aportó tanto en ese sentido. Hablo siempre en primera persona porque, insisto, no se trata de un terreno donde se puedan establecer parámetros homogéneos.

El exilio no pasa para mí por la consideración de sus pros y sus contras, más bien define una existencia perforada por un vacío, una ruptura, un quiebre y esa marca, habitualmente, genera reflexión. En su génesis hay un nudo trágico que algunos tratan de enterrar y otrxs preferimos subrayar. La palabra desaparecido contiene la imposibilidad de cierre, como

se ha dicho tantas veces. Si un exilio está vinculado a este origen procura mantener las heridas abiertas. La memoria, en este caso, consiste en dejar hablar al sufrimiento porque recordamos a los vencidos, pero se trata de un lamento sino una elaboración cultural.

**MA:** Gracias Nora, ha sido una entrevista muy iluminadora, gracias por permitirnos acompañarte un ratito y seguir con vos la senda de tu exilio perpetuo.

## **Marzo de 2023**

### **Notas**

<sup>1</sup> Esta entrevista forma parte del Proyecto FONDECYT Regular N° 1221175 “Filosofía y exilio. Reflexiones en torno a narraciones de pensadoras exiliadas a uno y otro lado del Atlántico”.